



Ha sido embajador de España ante la CSCE/OSCE, ante la OTAN y ante los Estados Unidos. Fue subsecretario general de las Naciones Unidas en el puesto de director ejecutivo del Comité Antiterrorista del Consejo de Seguridad. Fue presidente de la Internacional Demócrata Cristiana y de la Democracia Cristiana de España. Ha formado parte de los equipos directivos de la UCD y del PP, habiendo sido diputado y senador en las Cortes Españolas durante más de veinte años. Fue presidente de las Comisiones de Asuntos Exteriores y de Defensa del Congreso de los Diputados.

Su firma aparece regularmente en varios medios de comunicación españoles y ha publicado varios libros. Mantiene una variada actividad en el sector público y en el privado tanto en Estados Unidos como en España. Actualmente es *Senior Adviser* del programa europeo del Center for Strategic and International Studies (CSIS) en Washington DC y *Senior Fellow* del Center for Cyber and Homeland Security en la George Washington University. Pertenece al Consejo Asesor del Hispanic Council y es académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Preside la consultora Ruperez International.

Javier
Rupérez

Diplomático, político y
escritor.



DONALD J. TRUMP Y EL MUNDO: una relación conflictiva

Javier Rupérez

No hace falta recordar el estupor, la incredulidad y el asombro con el que amplios sectores de la población americana, y ciertamente una muy buena parte de la opinión pública mundial, recibieron la noticia de que el millonario americano Donald J. Trump había sido elegido presidente de los Estados Unidos de América el 8 de noviembre de 2016. Los círculos habituales de la política y de los medios de comunicación habían primero descartado que pudiera llegar a obtener la candidatura del Partido Republicano para las elecciones presidenciales. Era efectivamente una figura estrambótica en el conjunto de la docena y medio de aspirantes que, en menor o mayor medida, exhibían credenciales de conocimiento y experiencia en la cosa pública que no admitían comparación con las inexistentes del rico y evidentemente vulgar hombre de negocios neoyorkino: hacía ostentación sin pudor de un lenguaje elemental que no excluía el insulto a sus competidores cuando no el abierto o velado

desprecio por amplios sectores de la población: inmigrantes, mujeres, musulmanes, afroamericanos. Al que se sumaba el mostrado contra los medios de comunicación que le trataban con hostilidad o simplemente con reticencia. Les llegó a calificar como “el mayor enemigo del pueblo americano”. Pero supo navegar con habilidad y contundencia el mar de las primarias para hacerse, contra todo pronóstico, con la candidatura del Partido Republicano a la presidencia del país.

Los mismos y muchos que habían predicado la imposibilidad de que Trump se hiciera con la candidatura presidencial auguraron con la misma convicción que un personaje de tales características nunca podría llegar a la Casa Blanca. El paso en falso dado por los republicanos al elegirle, pensaban, sería inexorablemente corregido por la elevación a la suprema magistratura de la candidata demócrata Hillary Clinton, que en el imaginario de su partido estaba destinada a ser coronada, más que elegida, con el



Donald Trump durante la campaña.

éxito que la mayoría ciudadana habría de otorgarle. Ciertamente era que la candidata Clinton había resultado menos atractiva de lo que sus partidarios y conmitones habían pensado, viéndose sometida primero a la exitosa campaña populista del senador independiente Bernie Sanders, que a punto estuvo de descarrilar sus propias opciones de triunfo en el proceso de las primarias, y luego de varias maneras vapuleada por sus descuidos y errores personales en los tiempos en que desempeñaba la Secretaría de Estado bajo Barack Obama. Pero la persistente sabiduría convencional, aun reconociendo las insuficiencias de la que en otros tiempos fuera primera dama nacional, daba por adquirido que Trump no podría nunca verse reconocido como el Jefe de Estado del país más poderoso del mundo. Y sin embargo lo fue cuando el cómputo del colegio electoral le concedió 304 compromisarios contra los 227 que había obtenido la ex senadora por Nueva York. Bien es cierto que en el cómputo global del voto Hillary había rebasado ampliamente el resultado

de Trump: 65.845.063 millones de votos frente a los 62.980.160 del candidato republicano, una diferencia de casi tres millones de votos –2.864.903, para ser exactos–. La mayor diferencia nunca obtenida en las elecciones americanas cuando se produce la situación en la que el ganador en el colegio electoral no lo es en el voto popular. Pero la regla era bien conocida: al presidente lo inviste el colegio electoral, no el voto popular. Y frente a todo pronóstico y con altas cantidades de perplejidad dentro y fuera del país, Donald J. Trump, era el nuevo presidente de los Estados Unidos.

Tanto durante el largo periodo de las primarias como luego, ya en la campaña electoral directa, Trump había utilizado recursos populistas elementales articulados en torno a una simple proposición: “Make America Great Again”, la necesidad de recuperar la supuestamente perdida grandeza americana. El corolario inevitablemente se reducía a dos palabras: “America First”, lo primero es América. Y en el intermedio una letanía de desgracias: la

inmigración, fundamentalmente de los “malos hombres” mejicanos, está incontrolada; el terrorismo de raíz islamista acecha gravemente la seguridad del país; los aliados de los Estados Unidos han estado aprovechándose de su poderío sin pagar nada a cambio; China se beneficia de la benevolencia comercial americana; el interior de las ciudades americanas, las *inner cities*, está corroído por la violencia y la pobreza; las infraestructuras del país se están desmoronando; la OTAN es una organización “obsoleta” y la Unión Europea un competidor desleal de los Estados Unidos; las manufacturas industriales americanas se han instalado en el extranjero, produciendo miseria y desempleo en amplios sectores del país; el sistema sanitario introducido por la Administración Obama es un desastre; Washington es un nido de corrupción, una charca maloliente que hay que drenar. Las soluciones –el *beautiful* muro en la frontera con México, la confrontación con la China “manipuladora” de divisas, la recuperación del tradicional tejido industrial, las medidas drásticas contra el terrorismo islamista...– tienen unos pocos comunes denominadores: nacionalismo, aislacionismo, proteccionismo, autoritarismo. Era la primera vez que un candidato a la presidencia de los Estados Unidos llegaba a ocuparla con un mensaje diferente al liberal internacionalista que, con todos sus matices, había marcado la trayectoria del país al menos desde el final de la II Guerra Mundial. El llamado “orden liberal”, al que de diversas maneras habían prestado acatamiento los rectores de la política estadounidense desde 1945, quedaba radicalmente en entredicho. Hasta el extremo en que el millonario/candidato no había tenido el menor empacho en conceder al presidente ruso Vladimir Putin las credenciales de líder fiable y poderoso que negaba, dijo, al que todavía era presidente de los Estados Unidos, Barack Obama. No cabía mayor renuncia expresa al “orden liberal” y a sus representantes. Pero el hecho evidente es que ese mensaje, en su clave interna, había suscitado la adhesión de suficientes sectores en el centro y en sur de la geografía norteamericana como para consagrar lo impensable: Trump en la Casa Blanca. Un

Era la primera vez que un candidato a la presidencia de los EE.UU. llega con un mensaje diferente al liberal internacionalista que había marcado la trayectoria del país al menos desde el final de la II Guerra Mundial

personaje que para entusiasmo de unos y desánimo de otros, había trasladado a la opinión pública un incontenible deseo de notoriedad, una inmoderada afición a contactar con la ciudadanía a través de los tweets cargados de virulencia y producidos en madrugadas insomnes, una similar tendencia a configurar los hechos según la conveniencia del momento, una irrefrenable capacidad para denigrar al contrario; una incommovible incapacidad para admitir errores propios o para admitir que no todos los cometidos son culpa de los demás. Un personaje, en fin, que a pesar de sus apariencias no conseguía disipar la duda profunda sobre su estructura: ¿no sería, al fin y al cabo, la encarnación de una permanente inseguridad, de una configuración cuasi adolescente, de un precipitado en el que en porcentajes similares se mezclaban la osadía con la ignorancia?

En el curso de su carrera hacia la Casa Blanca, y ante la manifiesta heterodoxia de sus planteamientos y de su conducta, cuya aceptación, dicho sea de paso, no ha disminuido un ápice en la comunidad de sus partidarios, analistas ilustrados y ciudadanos bienintencionados quisieron pensar, y así lo mantuvieron, que los pasos que acercaban al candidato Trump hacia la presidencia le harían



sentir el peso de la realidad responsable, moderando con ello sus extremismos e impartiendo un acelerado curso de entrenamiento en la teoría y en la práctica del poder político. En realidad no hubo distinción notable en el tránsito de las primarias a la campaña general. Y cuando llegó el momento de jurar el cargo, el 20 de enero de 2017, con el trasfondo majestuoso del Capitolio washingtoniano, el ya presidente Trump pronunció un discurso tan vociferante como plano en el que se limitó a reiterar los eslóganes de la contienda electoral, culminando con la repetición ritual del “America First”. Al menos, y hasta ese momento, no se le podía acusar de inconsistencia, aunque el discurso, a diferencia del contenido que los elegidos han venido introduciendo en ese solemne momento, era una nueva llamada a la enfervorizada base que le había elegido y no una convocatoria a la unidad de la nación. Quedaba todavía por ver si ya instalado en la mansión presidencial el juego de los *checks and balances* entre instituciones, tan sabiamente recogido en la Constitución americana y tan alabado por tirios y troyanos, y la misma fuerza mostrenca del ser de las cosas harían que su programa de máximos populistas tuviera que ser contrastado con la criba de lo posible.

Y Donald J. Trump, que llegó a la Casa Blanca con prisas para hacer cumplir sus promesas y sin mucho conocimiento sobre la mejor manera para lograrlo, ha debido hacer frente a los factores de contrapeso a sus impulsos. Quiso, ya en las primeras horas de su desempeño, imponer limitaciones drásticas para la entrada en el país de ciudadanos de algunos países de mayoría musulmana –Irán, Irak, Siria, Sudan, Somalia, Libia, Yemen–. Un juez federal paralizó la medida calificándola de inconstitucional. Al recurso presentado por la nueva Administración introduciendo una versión dulcificada de la norma original, otro juez federal ha respondido con la misma razón de ilegalidad. El intento ha provocado caos e incertidumbre interna y externa y alguna que otra irritación cuando el nuevo fiscal general, al

Donald J. Trump llegó a la Casa Blanca con prisas para hacer cumplir sus promesas y sin mucho conocimiento sobre la mejor manera para lograrlo

frente del Departamento de Justicia, el que fuera temprano partidario de Trump y hasta hace poco tiempo senador por el estado sureño de Alabama, Jeff Beauregard Sessions, quiso descalificar la última de las decisiones judiciales al provenir, dijo, no sin intención menospreciativa, de una “isla en el Pacífico”. La isla en cuestión es el estado de Hawái, uno de los integrantes de la Unión. Algún, aunque todavía provisional, recorrido ha tenido el proyecto dirigido a la derogación del sistema de cobertura sanitaria conocido como el *Obamacare*, por el nombre de su propulsor, aunque una primera versión tuvo que ser apresuradamente retirada de la consideración de la Cámara de Representantes por las divisiones internas de la misma mayoría republicana y cuya segunda versión, que ya ha recibido el visto bueno de los congresistas por una exigua mayoría, espera todavía la incertidumbre de su pase por el Senado. Y de momento está provocando airadas reacciones en las bases republicanas de clase media que estiman perderán con la nueva legislación algunas de las coberturas que les había garantizado la norma demócrata. De éxito rotundo, eso sí, aunque obtenido mediante el retorcimiento de las prácticas senatoriales, puede ser calificada la confirmación como magistrado del Tribunal Supremo, en sustitución del fallecido miembro conservador Antonin Scalia, del jurista de la misma convicción Neil Gorsuch. Con ello queda garantizada la mayoría conservadora –5 a 4– del alto tribunal. Muchas de las demás propuestas programáticas tienen marcado un compás de espera: el “muro” que iba a pagar México ha quedado convertido en “valla”



Carol McDonald, Planned Parenthood, encabeza una manifestación en Washington,

sometida a recortes presupuestarios; la reforma fiscal existe solo en forma de breve borrador en el que se perfila una drástica reducción de impuestos sin saber todavía si los beneficiados serán los pudientes o los que no lo son tanto y abriendo una duda sistemática sobre la pérdida de recaudación y el consiguiente riesgo de aumento exponencial de la deuda; nada se sabe de momento de la anunciada y gigantesca inversión en infraestructuras; e incluso en el debatido tema de la financiación de “Planned Parenthood”, institución que tiene entre sus actividades la de practicar abortos, la Administración ha tenido que admitir, por bien de la aprobación presupuestaria y la evitación del cierre gubernamental, la continuación de las ayudas. Y

en un terreno en el que algunos ortodoxos republicanos coinciden con sus congéneres demócratas, y en el que se dan la mano los populismos de ambos lados, cual es del la libertad de comercio, los afanes proteccionistas presidenciales están dejando sus huellas: los Estados Unidos se han retirado del Trans-Pacific Partnership (TPP), han anunciado su voluntad de renegociar el contenido del North Atlantic Free Trade Agreement (NAFTA), han mostrado su falta de interés en las negociaciones para finalizar el Transatlantic Trade and Investment Partnership (TTIP) entre los Estados Unidos y la UE, y han puesto de relieve los supuestos o reales desequilibrios que existen en sus relaciones económicas con países aliados tan significativos



como Corea del Sur, Japón, Canadá, Alemania o Australia. En todo ello ha tenido una participación visible y estentórea el propio presidente Trump, que bien puede apuntarse otro éxito: el que una mayoría de republicanos y demócratas en el Senado hayan aprobado el nombramiento de Robert E. Lighthizer, un conocido crítico de los acuerdos multilaterales de comercio desde los tiempos de Roland Reagan, como nuevo US Trade Representative. De momento ya sabemos que Trump ha anunciado, y en ello no hace más que cumplir con amenazas y promesas avanzadas durante la campaña electoral, su decisión de retirar a los Estados Unidos del Acuerdo de París sobre el cambio climático. Para ello ha utilizado la “Congressional Review Act” de 1996, una norma raramente aplicada en ocasiones anteriores y que permite al Congreso rechazar normas federales adoptadas recientemente por la anterior Administración. Conocido de sobra es el generalizado coro internacional de perplejidad y condena que el anuncio ha suscitado. En ese mismo espíritu desregulatorio, que indudablemente cuenta con calurosos partidarios en el ámbito del republicanismo libertario en los Estados Unidos y en otras partes del mundo, y utilizando la misma normativa, Trump ha firmado el rechazo a una norma de Obama que prohibía la venta de armas a los discapacitados psíquicos; ha levantado las prohibiciones existentes para que las compañías privadas con relaciones con el sector público se vean obligadas a informar sobre previos litigios laborales; ha revocado la norma que exigía a las compañías petrolíferas informar de sus pagos a los Estados Unidos y a gobiernos extranjeros; ha revocado asimismo las limitaciones existentes para que los demandantes de empleo sean sometidos a un control de drogas; ha derogado el conjunto de normas que protegían la comunicación de datos privados de los consumidores a los proveedores de Internet. En todo ello Donald J. Trump, que nunca en sus encarnaciones anteriores fue conocido por sus convicciones conservadoras, ha mostrado la firmeza de sus nuevas o renovadas ideas, entre las

cuales se encuentra naturalmente la visible tendencia de favorecer sin demasiadas cortapisas al sector financiero de la economía, al tiempo que experimentaba en sus propias carnes las limitaciones del oficio: existe el poder judicial, existe el poder legislativo y frente a ellos el ejecutivo debe aprender a tener en cuenta las limitaciones que la división de poderes comporta. Queda todavía por comprobar si la relación institucional estará marcada por la confrontación o por la colaboración. Es evidente que Trump no rehúye la primera, convencido como está de situarse por encima de la ley al afirmar que “el presidente de los Estados Unidos no puede tener un conflicto de intereses”.

Es con todo en el terreno de la política exterior donde la presidencia Trump, seguramente como consecuencia de la ignorancia sumada a la improvisación, está mostrando un carácter preocupantemente errático. Las manifestaciones del candidato Trump al respecto no habían podido ser más explosivas: México debería pagar la construcción del muro; China era un peligroso manipulador de divisas; Rusia debería ser un aliado; la OTAN estaba “obsoleta”, y sus integrantes deberían hacer frente a los costes de la defensa común; la UE resultaba sospechosa y alguno de sus más calificados miembros, como Alemania, merecía precauciones; el Brexit británico era bienvenido y alentados los miembros de la UE a seguir su ejemplo; los Estados Unidos se ocuparían de su propia defensa sin participar en la seguridad del resto del mundo, bien que aumentando los presupuestos del Pentágono de manera significativa; al tiempo, se han reducido de manera no menos significativa los presupuestos y los medios del Departamento de Estado, en particular en las partidas destinadas a la cooperación al desarrollo; los derechos humanos como exigencia y como aspiración han desaparecido del vocabulario habitual de la diplomacia de EE.UU. mientras la presidencia recibe y acoge con parabienes las relaciones con los autócratas, sean de Egipto, Filipinas, Rusia o incluso Corea del Norte. Bien es cierto que para tranquilidad de los realistas y consuelo para los



Donald Trump junto a Theresa May y el Secretario General Jens Stoltenberg durante la Cumbre de la OTAN en Bruselas en mayo de 2017.

partidarios de la continuidad Trump en este terreno no ha tenido el menor empacho en “decir digo donde dijo Diego”, bombardeando Siria en represalia por la utilización de armas químicas, y aprovechando para recordar con razón que Obama había sido incapaz de poner en práctica el respeto que con “líneas rojas” había anunciado en este terreno; establecer según parece firmes vínculos de amistad con el presidente chino, con el que llegó a compartir “el mejor pastel de chocolate”; declarar extinta la política de “paciencia estratégica” con la nuclearizada Corea del Norte, aunque no se sepa bien si ello traerá consigo una confrontación bélica o el retorno a las indecisiones de Administraciones anteriores; desplegar tropas sobre el terreno en Afganistán, tras bombardear un reducto talibán con una gigantesca bomba, la “madre” de todas ellas. Los que por disentir de Obama creyeron encontrar refugio y razón en Trump han acogido con alivio esas manifestaciones de contundencia, sin reparar quizás que no parecen tener continuidad ni

diseño estratégico, que acentúan la imprevisibilidad de los comportamientos del país entre socios y aliados sin por ello atemorizar a los enemigos o adversarios y que son fuente inagotable de incertidumbre sobre el comportamiento de la potencia que hasta ahora se había distinguido precisamente por su alto grado de coherencia. Lo más parecido a una declaración programática de política exterior que la Administración Trump ha producido hasta el momento se encuentra en la alocución pronunciada en el Departamento de Estado el 3 de mayo de 2017 por su titular, el que fuera CEO de Exxon Mobil, Rex Tillerson y cuya filosofía se reduce a situar los intereses por encima de los *values*, los principios, en estricta aplicación del paradigma trumpiano del “America First”. Del texto, y más allá de recordar que los miembros de la OTAN deben cumplir con sus obligaciones económicas, ha desaparecido por completo cualquier mención a Europa.



Señalan los incondicionales la calidad de los integrantes de equipo que Trump ha elegido para ocuparse de los temas de la seguridad nacional —el general James Mattis como Secretario de Defensa, el general Herbert Raymond McMaster como Consejero Nacional de Seguridad y el general John Kelly como Secretario de “Homeland Security”, nuestro Ministerio del Interior—. De manera quizás inconsciente lo hacen no tanto para subrayar las incuestionables calidades de los elegidos, todos ellos militares, sino para destacar que al menos en ese terreno Trump ha sabido elegir adecuadamente. Y es que el doloroso y desquiciado proceso que ha seguido Trump para la selección de sus inmediatos colaboradores en la Casa Blanca y en los puestos de responsabilidad en el resto de la Administración hace inevitable que los que desean su éxito se aferren al menos a esas personas de comprobada fiabilidad. Aunque con ello, admiten, haya que contemplar una desconocida invasión militar en puestos hasta ahora normalmente ocupados por civiles. Pero el catálogo de perplejidades o despropósitos es notable: el que fuera en primer lugar elegido para encabezar el transcendental puesto de Consejero Nacional de Seguridad, el también general Michael Flynn, debió de ser cesado a los veinticuatro días de jurar su cargo al descubrirse que había mentido al vicepresidente Pence sobre sus relaciones con diplomáticos rusos; la dirección de la estrategia ideológica estaba al tanto, y todavía parece estarlo, en manos de un fundamentalista conservador llamado Steve Bannon según parece dedicado a predicar la necesidad de destruir el sistema para proceder a su revitalización; la hija mayor de Trump, Ivanka, y su marido, Jared Kushner, ambos dedicados a diversas actividades comerciales y financieras, ocupan sendos despachos en la Casa Blanca como asesores de respectivamente su padre y suegro; los responsables de la estrategia de comunicación de la presidencia, Sean Spicer y Kellyanne Conway han convertido la relación con los medios de comunicación en un campo de batalla donde escasean los datos y abundan lo que la segunda llegó a calificar de “realidades alternativas”.

El que fuera en primer lugar elegido para encabezar el transcendental puesto de Consejero Nacional de Seguridad, el también general Michael Flynn, debió de ser cesado a los veinticuatro días de jurar su cargo al descubrirse que había mentido al vicepresidente

Y la larga serie de conflictos conocidos o latentes que desde el principio han aquejado a la presidencia Trump han tenido ya una temprana y escandalosa manifestación en el abrupto cese del director del FBI Jim Comey decidido por el presidente cuando el Congreso, las agencias de seguridad e inteligencia, la opinión pública y ciertamente los medios de comunicación seguían atentamente las revelaciones sobre la posible interferencia del gobierno Putin en las elecciones de 2016, que según acababa de reconocer Hillary Clinton, habían sido causa importante en su derrota electoral, y las consiguientes sospechas de colusión entre los intereses rusos y miembros de los equipos electorales de Trump. En particular, y además de Michael Flynn, están siendo interrogados al respecto Paul Manafort, Carter Page y Roger Stone. Sin olvidar que el propio Jeff Beauregard Sessions, Attorney General y responsable del Departamento de Justicia, debió recusarse en el seguimiento de las investigaciones sobre el tema al saberse que él también había tenido contactos con diplomáticos rusos. El cese

fulminante del director del FBI, tras afirmar en una comparecencia en el Senado que su organización estaba activamente prosiguiendo las investigaciones sobre el caso, han suscitado inmediatamente el paralelismo con el presidente Richard Nixon cuando en octubre de 1973 ordenó el cese del fiscal especial que estaba investigando su participación en el escándalo del Watergate con la finalidad de impedir la continuación de sus indagaciones. Como es bien sabido y recordado, aquello acabó en un proceso de *impeachment* interrumpido por la dimisión del presidente. La palabra recorre hoy con velocidad los medios políticos, informativos y sociales americanos en una atmósfera cargada de perplejidad, asombro y curiosidad ante lo ocurrido y ante lo que queda por ocurrir.

Decir con todo ello que la era Trump está preñada de incógnitas constituye la simple declamación de lo obvio. Había sido moneda corriente entre propios y ajenos, sobre todo aquellos que se situaban en la órbita del mundo occidental, el mantener con los Estados Unidos las mejores relaciones que los tiempos permitían y las circunstancias aconsejaban, en el entendimiento que el margen necesario de colaboración se habría de producir habitualmente en un marco conocido y experimentado. Ello se aplicaba tanto a las administraciones demócratas como a las republicanas, con independencia de cuales fueran las respectivas inclinaciones ideológicas. Ello hoy está abiertamente entredicho. Un tweet de un presidente irritado e insomne puede cambiar la historia del mundo. Sus detractores le negarán sistemáticamente el pan y la sal mientras sus seguidores, posiblemente menos inconsútiles de lo que eran hace algunos meses, procurarán por todos los medios resaltar sus aciertos y denigrar a los que tienen como deporte tenderle permanentemente trampas saduceas. Alguna razón les asiste: no todo tiene porque ser un desastre sin paliativos y, como dicen los del refranero inglés, *even a broken clock is right twice a day*, incluso un reloj parado acierta dos veces al día. Pero Trump pertenece a otra categoría en donde las derivas personales, los vacíos de información, la indefinición ideológica, la falta de experiencia y el desconocimiento de la

historia crean condiciones que sin exageración alimentan revuelo y alarma. Sobre todo cuando el personaje en el que concurren tan resbaladizas condiciones es el presidente de los Estados Unidos de América. Que sigue siendo a todos los efectos el mismo que en una ya lejana ocasión en el año 2015, cuando comenzaban los debates sobre las elecciones primarias republicanas, criticando a una periodista que se había mostrado crítica con sus manifestaciones, Meghan Kelly, dejó entrever que las razones había que buscarlas en la menstruación de la interrogadora. Los castizos habituales dirían “que Dios nos coja confesados”.

Trump y el mundo: una pequeña coda

La era presidencial de Trump tiene entre sus principales características la de generar continuamente ruido y furia. Su seguimiento necesitaría no ya la puntualidad de la prensa diaria sino más bien el análisis pormenorizado que minuto a minuto reciben en nuestro tiempo los productos que circulan entre las llamadas “redes sociales”. No en vano el Presidente de los Estados Unidos se ha convertido en un virtuoso del “tweet”. Parecería por ello que las líneas que anteceden a esta coda, escritas hace unas pocas semanas, han quedado desplazadas en el tiempo y superadas por los acontecimientos. Y ello es así y a las páginas de los sucesos que Trump genera me remito. Pero no querría con ello dejar sombra de duda sobre la que mantengo, e incluso profundizo, como validez en el análisis: los de Trump no son en absoluto los mejores tiempos que en los últimos setenta años han vivido los Estados Unidos. Sus acciones siguen siendo romas en lo doméstico y carentes de coherencia en lo internacional. La continuación de sus políticas desembocaría en la destrucción de los consensos que han hecho de los EE.UU. un elemento básico de la estabilidad mundial. Grave sería que en la perplejidad y en la incertidumbre que generan se perfilara la reescritura de un clásico al que solo habría que cambiar de protagonista. Ahora se llamaría “Historia de la decadencia y caída del Imperio Americano”.